

La libreta de Nenet

Diego Antonio Roque Ramírez

I

Sergio Herrera llega a casa con el saco empapado por la lluvia. Antes de entrar, observa un pequeño bulto de tierra oscurecido por la humedad en el yermo y grisáceo jardín delantero. Se detiene un momento a contemplarlo, extrañado. Pero la lluvia parece darle golpes en todo el cuerpo, así que sin pensárselo mucho se adentra en la casa, apresurado. En la cocina es recibido por su mujer con una deliciosa cena: un estofado de champiñones con verduras.

—¿Cómo te fue en el trabajo? —pregunta Marcela mientras sigue calentando tortillas en el comal.

—Bien —responde con un gruñido—. ¿Qué es eso que está en la tierra de afuera?

—¿De qué hablas?... Ah, ya. Es la gata de Nenet.

—¿Se murió?

—En la mañana la atropelló Julio. Si hubieras visto cómo se llenó de sangre su camioneta... Estaba enojadísimo. Pues cualquiera lo estaría: se la compró ayer, ¿no es verdad?

—¿Tú la dejaste a Nenet enterrarla ahí?

—No.

—¡Pues dile que la quite! Se ve mal así.

Su mujer comienza a contarle con entusiasmo los chismes de los que se ha enterado mientras él está zampándose la cena, haciendo ruidos húmedos con los labios y dentro de sus mejillas, gozando del placentero descanso que se merece luego de un largo día.

Pero entonces su paz se ve interrumpida cuando descubre una incomodidad que se adhiere a sus dientes y se pega con insistencia a su paladar. Intenta empujarlo con la lengua para tragárselo y se da cuenta, ahora más preocupado, de que no puede hacerlo; además, comienza a provocarle náuseas. Para descubrir el ingrediente intruso, mete los dedos a su boca y consigue sacarlo.

Con horror y asco descubre un pelo finísimo, largo, con trozos machacados de zanahoria, champiñón y cebolla pegados a él.

—¡Pero qué cochinita es esta! ¡No me jodas, mujer! —dice, volviéndose hacia ella al tiempo que le extiende con una mano firme la evidencia que prueba su evidente desliz—. ¿Qué hace esto en la comida?

—Ay, perdón, cariño, se me pasó. No, no te preocupes, yo... te voy a preparar otro plato.

—Ya se me fue el hambre... —dice, levantándose de la mesa.

—No, siéntate. Deja te hago...

—¡Qué no quiero nada!

Marcela retrocede como si le hubieran dado un fuerte empujón, con los brazos rígidos y los labios temblorosos.

Sergio la observa. No siente lástima más que por la comida arruinada. Pasea la vista por la estancia y entonces nota, con el rabillo del ojo, la presencia de una figura pequeña parada en el umbral de la cocina.

Su hija Nenet, de apenas nueve años, los observa a ambos, con el rostro medio oculto detrás de la pared.

—¿Y tú qué miras o qué? —dice Sergio—. Pareces taruga, nomás viendo a la nada.

La niña no se mueve. La madre no dice nada.

—¡Ándale! No te quedes ahí como mensa. Ven y tira el mugrero que hizo tu madre.

Pasan unos cuantos segundos de silencio. La niña sigue mirándolo, con unos ojos pequeños y acusadores. Sergio intenta sostenerle la mirada, pero siente un vacío en el pecho que lo hace temblar. Comienza a inquietarse. Es como si su hija estuviese penetrando en su alma...

Sergio carraspea y recupera la compostura.

—¡Córrele! —grita. La niña se sobresalta.

—¡Hazle caso a tu papá, Nenet! —dice la madre tratando de sonar amenazante, con una bola de miedo atorada en el pecho que parece ahogar sus palabras.

Sin rezongar, la niña hace caso y recoge el plato para tirar su contenido en el bote de basura. Con un suspiro indignado, el señor Herrera se va a la sala con pasos lentos y pesados. Ve en la mesita de la sala un cuaderno abierto junto a una caja de crayolas y en una página un dibujo de una persona sentada sobre una especie de motocicleta... Luego se da cuenta de que en realidad es un coche mal dibujado. Alrededor de este hay otros cuatro personajes levantando con sus dos manos bastones torcidos al aire, señalando al personaje del centro. Sergio se vuelve y grita:

—¡Nenet, ven a recoger tu tiradero!

Se sienta frente al televisor. Ve en algún canal poco conocido un tonto programa sobre cacería.

Al poco rato se sume en un estado de semiconsciencia, a punto de quedarse dormido, cuando de pronto percibe que la tele se apaga. Abre los ojos, y lo primero que ve es a Nenet con un dedo sobre el aparato; en la otra mano sostiene su libreta muy bien sujeta entre sus dedos.

—¿Ahora qué? ¿Por qué la apagas?

Nenet no dice nada.

—Préndela —dice con sequedad.

La niña hace caso y después camina hacia su cuarto. Durante un segundo, Sergio echa un vistazo a la libreta que Nenet intenta ocultar bajo su cuerpo, pero no se siente deseoso de preguntar nada, pues no le interesa en absoluto.

II

En la madrugada, Sergio se despierta por una sucesión de ruidos violentos que provienen de afuera. Se oyen golpes y gritos a un lado de la casa. Cree que solo es una bronca que están teniendo sus vecinos —cosa muy común—, pero la curiosidad le gana y se levanta de la cama. Su mujer, ya de pie frente a la ventana, le dice:

—Son los Robles. Se han de andar peleando.

—Seguro.

—¿Ya viste? La camioneta de Julio...

Sergio se asoma, distingue su figura en la oscuridad y la escasa luz de la luna reflejándose en puntitos pequeños plateados en la acera como innumerables estrellas de un oscurísimo cielo. El parabrisas del coche de Sergio había sido reventado a golpes.

La inusitada trifulca se alarga por más de diez minutos y ya otros vecinos están figoneando desde sus respectivos hogares. Lo extraño del asunto es que algunos alcanzan a oír, entre ellos Sergio y Marcela, otras voces que no corresponden a la familia de los Robles. Entre las palabras desordenadas que llegan hasta ellos, Sergio escucha la frase: «¡Debes más de cien mil pesos, cabrón!», que se repite tres veces seguidas. Por supuesto, la gente chismosa ahora entiende que no se trata de uno de los tantos problemas maritales entre Julio y su mujer, Gabriela, que, por buena o mala fortuna, siempre les toca presenciar, sino de algo más serio.

—¿Ya oíste? —dice Marcela, angustiada—. También cómo se le ocurre a ese Julio pedir prestado tanto dinero. Mira nada más: ya hasta le fregaron su carro. Espero no le hagan nada a él. O a su familia.

—Es muy raro que vengan a esta hora... Además, ¿que no pidió el préstamo apenas hace como dos días? ¿Por qué le vendrán a cobrar?

Al poco rato les llega el breve y repentino bramido de un disparo.

—¡Ay, Dios!

Los gritos de antes, que parecen ser del señor de la casa de los Robles, se convierten en aullidos desgarradores. Comienzan a escucharse amenazas, muebles volcándose. Acto seguido, Sergio y Marcela ven una figura escabullirse de forma desesperada por una de las ventanas de la casa.

—¡Mira, es Julio!

Los gritos se vuelven más fuertes y agresivos, en tanto que el señor Julio Robles corre hacia su camioneta y se sube a ella. Se queda un rato ahí, en el asiento del conductor, moviéndose con inquietud, pero el auto permanece apagado.

—¡Dios mío de mi vida! ¡Míralos! —exclama la mujer de Sergio.

Cuatro hombres con pistolas de gran calibre salen de la casa de los Robles y rodean el auto en el que se encuentra Felipe. Y en un solo parpadeo, sin ninguna compasión, los cuatro levantan sus armas y descargan una ráfaga. Sergio y su mujer se apartan de la ventana, atónitos. Al cabo de un silencio sepulcral que duró unos diez minutos, se escuchan a lo lejos muchas voces en la calle y las sirenas de coches de policías.

III

El suceso de la noche anterior prevalece en la mente de Sergio durante todo el día siguiente. Los gritos de Julio, antes de que le dispararan, se repiten en su cabeza... lo hacen sentir mareado.

Intenta realizar su jornada de trabajo con normalidad, sin pensar en lo anterior, y todo parece ir bien de no ser por un accidente que tiene al bajar unas escaleras en la calle de regreso a casa, causándose una gran lesión en la cadera. Por tal razón, llega de muy mal humor.

Antes de pasar por la puerta ve por lo menos a una docena de personas reunida frente a la casa de Julio Robles, a la prensa y mucho movimiento por parte de autoridades de aspecto somnoliento.

Su mujer ya le tiene la cena lista y Sergio se sienta en la mesa a comer, donde también está Nenet.

—¿Ya cenaste? —le pregunta a su hija.

Nenet asiente con la cabeza. Ahora está inclinada sobre su cuaderno, dibujando a su madre cocinando, tal y como ocurre ahora.

—¿Ya encontraron a los que mataron a Julio? —pregunta Sergio.

—No —responde Marcela—. Pero según en eso andan. Hace rato vinieron a preguntarme que qué había visto. Y pues les conté todo.

—¿Qué pasó anoche? —se mete de repente Nenet a la conversación.

—Nada —dice Sergio.

—¿Y toda esa gente...?

—Que nada. Cállate y déjanos hablar.

Nenet lo mira, entornando los ojos. Sergio hace como que no se da cuenta, pues hasta cierto punto, aunque no lo reconoce, siempre ha sentido una extraña inquietud cuando su hija, en las pocas ocasiones en que lo hace, lo mira de esa forma, como intentando escarbar muy en el fondo de su padre, y a pesar de que Sergio intenta contrarrestarlo, no lo consigue; es como un abismo extraño y siniestro dentro de la niña le devolviese la mirada.

En un determinado punto, distraído por el chisme y por otras cosas, Sergio levanta su taza de café con un par de dedos torpes y se le derrama un poco del contenido caliente sobre el regazo. Sergio profiere un grito de sorpresa y, a la vez, de molestia.

—¡Chingada madre!

—¡No te quedes ahí sentada, Nenet! —dice la madre con voz temblorosa, lanzándole al rostro una franela—. Limpia.

La niña, obediente y con buenas intenciones, se acerca a su padre, quien lanza un manotazo al aire.

—¡Hazte! —Sergio se revisa y tiembla, totalmente descolocado e incómodo—. Pendejo... Voy a cambiarme... —musita. Luego dirigiéndose a su hija—: Limpia el suelo, ya que tienes ahí el trapo.

—Ándale, Nenet —dice la madre—. Te voy a preparar otro café, amor.

Nenet se vuelve hacia su madre con una mirada dura, penetrante, la misma que lanzó a su padre hace unos momentos; la madre la evita. Nenet se pone a limpiar.

Luego de unos minutos están de nuevo los tres sentados ante la mesa, como si nada hubiera pasado, aunque el silencio que se genera entre ellos es helado.

—Y como te iba diciendo... —dice después la mujer de Sergio y vuelve a soltar su lengua para contar todos los chismes que se sabe. Sergio le sigue la corriente, escuchando nada más. Por un momento, sin saber por qué, una fuerte emoción lo insta a ver a Nenet, a observar el cuaderno en el que continúa dibujando. Nota que ahora un enorme círculo rojo deforme cubre gran parte de la cara del dibujo de la madre cocinando. «¿Qué es eso, hija?», quiere preguntar, sin saber por qué, pero algo en su interior se lo impide, y de esto tampoco entiende la razón.

IV

Al día siguiente, mientras Sergio hace su trabajo, un compañero se acerca a él muy agitado:

—Te llaman desde casa. Parece que algo ha pasado.

Sergio va a atender el teléfono; la noticia que recibe lo deja atónito. No puede creérselo. En seguida sale de su trabajo y se dirige a casa, corriendo tanto como su enorme cuerpo se lo permite.

Incluso desde lejos puede ver el humo subir en el cielo ennegrecido.

En el momento en que se baja del auto, todo ocurre en una sucesión de confusos recuerdos: un par de hombres intentan hablar con él, da vueltas de un lado a otro como si no supiera dónde está, y alcanza a oír preguntas que no puede contestar.

Todas las voces se vuelven confusas, distorsionadas, y su visión se emborrona como una foto mal impresa. Lo único que distingue entre tanta gente, reporteros con cámaras gigantescas, bomberos y ambulancias es una camilla con un bulto debajo de una sábana blanca. Es su mujer. Intenta acercarse, pero no se lo permiten. Lo obligan a alejarse y Sergio se limita a contemplar su hogar en

llamas, a los vecinos asustados, a los bomberos y la ambulancia...

Y detrás de todos estos, a su pequeña hija, envuelta con una toalla, al parecer ilesa. Nenet no llora ni parece asustada. Sergio da unos pasos hacia ella, quiere preguntarle qué pasó, si está bien o cualquier cosa.

Entonces Nenet advierte la presencia de su padre. Sergio se detiene y sus miradas chocan. Nenet solo lo observa sin decir ni hacer nada, ni siquiera cambia la expresión solemne de su rostro infantil. Solo lo observa, con la misma mirada profunda e insondable...

Casi olvidándose del incendio, la cara inerte de su hija como lo último que ve, cae desmayado.

V

El tiempo parece diluirse entre su congoja y el terror que siente.

Después del entierro de la madre, y ahora que no tienen hogar, Sergio y Nenet se instalan en casa de los padres de este. En la noche, Sergio ve a su hija dibujando sobre su cuaderno, mientras su abuela le habla de cosas que a lo mejor pueden calmar a un infante.

Pero Sergio, al verla, en lugar de angustia o compasión, siente un horrible estremecimiento que ni él mismo puede explicarse. La niña está allí, dibujando en su cuaderno... en ese maldito cuaderno que tanto atrae la atención de Sergio. Nenet parece estar serena, como si no hubiese perdido su hogar, como si su madre no estuviese muerta. Sergio no puede mantenerse allí por mucho tiempo, pues cree que Nenet en algún momento se volverá para verlo... Así que se retira y se echa en la cama, pero sin poder conciliar el sueño.

Una, dos, cuatro, siete noches sin dormir, y Sergio, solo, ve en la oscuridad a su hija y una crayola en su mano izquierda. Ella a veces le devuelve la mirada y tiene que removerse en su lecho para ahuyentar la imagen de su cabeza. Pero ella vuelve, inclinada sobre el papel cuando desliza su mano arriba y abajo como un juez que realiza una sentencia. Puede escuchar el ligero roce, puede ver los trazos formarse.

Hay algo que lo tiene preocupado. Desde siempre Nenet le había parecido una niña muy extraña, pero a estas alturas todo se centra en esa libreta en la que siempre se la pasa dibujando. Hay algo allí que no logra descifrar, y lo tiene tumbado en su cama, sintiéndose enfermo.

A la hora en que todos están dormidos, se levanta y toma a hurtadillas la libreta de Nenet, quien duerme en el cuarto de la abuela. Bajo la débil luz de su lámpara, en su propio cuarto, empieza a revisar cada una de las páginas.

Encuentra dibujos de pequeños animales y caricaturas que ve en la televisión. Casi no hay dibujos de su familia.

Eso parece al principio.

Ve dibujos de niños y personas que Sergio no conoce, pero algo le dice que no son simples ilustraciones, pues en cada uno de ellos hay nombres muy diversos, al parecer de personas reales, y los dibujos son muy...

Entonces llega a un dibujo simple, propio de un niño, de una pequeña gata blanca. A un lado está la palabra «Nube». Era la mascota que la niña había adoptado de la calle.

Se presiona las sienes con los pulgares y trata de recordar...

Aquella gata había sido atropellada semanas atrás, piensa. ¿Quién lo había hecho? Julio, el vecino que había sido asesinado afuera de casa...

Da la vuelta a la hoja, una, dos, tres veces y se encuentra con un dibujo que recuerda vagamente: un señor sobre un coche, rodeado de otras personas con bastones. Pero...

Siente algo parecido a un golpe en la boca del estómago, pues recapacita.

Esos no son bastones.

Con el corazón palpitando, golpeando desesperadamente su pecho, rememora aquella noche. Los gritos, los disparos.

Apenas da vuelta a otra hoja cuando encuentra la palabra «mamá» escrita al lado de un dibujo de su mujer, la madre de Nenet, cocinando, con una enorme mancha roja sobre su rostro.

Ella...

Ahora con desesperación, arrancando hojas

como loco, pasa las páginas. Los dibujos no acaban, los nombres no paran.

Y entonces encuentra un dibujo con un horrible título, con la caligrafía torpe y redonda de la pequeña: «PAPÁ».

Su respiración se relaja un poco. Tan solo está él sentado, al parecer comiendo. Lo curioso es que sus facciones están retorcidas, como con cara de enfado. Sostiene algo delgado y negro en una mano. Y de no ser por lo que recuerda, podría no haber sabido lo que era.

Un cabello.

Siente un golpe en el pecho y pasa la página. De nuevo se ve la palabra «PAPÁ», pero ahora con un dibujo de él cayendo por unas escaleras.

Un grito sale de su boca sin poder evitarlo.

Sus dedos se ciernen sobre cada delgada hoja, apartándolas, intentando descubrir lo que sigue. Necesita saberlo. Necesita conocer qué puede pasar con él, pues, ahora que descubre el horroroso secreto de Nenet, sabe que su vida puede correr peligro.

Otro dibujo de él: revisando un libro... no, un libro no.

Un cuaderno.

Da la vuelta y ahora está como en cuclillas, agarrándose los cabellos con fuerza. Pasa otra hoja y ahora está él con la boca abierta en una «O» enorme, los brazos y piernas bien estirados, y detrás de él una masa enorme roja con ojos amarillos destellantes. Vuelve a cambiar de página y ahora está en medio de un círculo rojo desigual, con las extremidades arrugadas, gritando. Un globo de texto, como los que aparecen en los cómics, describe su agonía.

Despavorido, lanza el cuaderno al otro lado de la habitación y se pone de pie. Sin embargo, sus piernas tiemblan y las flexiona sin querer. Se sostiene en el buró para no caer. Con la fuerza que le queda, se levanta y sale corriendo de la habitación. No sabe qué hacer. Todo es un horror. Quiere escapar.

Sale de casa, corre por la calle en medio de la oscuridad. Su cabeza está tan ajetreada, bulliciosa, que no repara en el rugido a sus espaldas. En el momento en que siente unas luces amarillas iluminándole la espalda es que se da la vuelta, justo cuando tiene a un enorme camión rojo encima de él.